Vigésima segunda Conferencia General – Puntos más destacados del discurso del Director General del OIEA

En el discurso que pronunció en la sesión de apertura de la 22ª reunión ordinaria de la Conferencia General del OIEA, el Dr. Eklund, en vez de presentar, como de costumbre, el balance de las actividades del Organismo, habló de la situación de la energía nucleoelectrica en el mundo de hoy y manifestó su preocupación acerca de algunas de las tendencias que prevalecen en esta esfera.

En lo que se refiere al Organismo, el Dr. Eklund, trató particularmente de su presupuesto para 1979, que después de una serie de reducciones ascendía a 65 177 000 dólares y, por lo tanto, acusaba un aumento del 27% con relación al de 1978.

El aumento se debía principalmente a tres causas:

1. El traslado del OIEA a su nueva sede permanente, generosamente facilitada por las autoridades austriacas
2. El aumento de las responsabilidades del Organismo en materia de salvaguardias, principalmente como consecuencia de la ejecución de las salvaguardias de la EURATOM
3. La inflación y la baja en el valor del dólar con relación al chelín austriaco (un 76% de los gastos del Organismo se abonan en chelines austriacos).

El Dr. Eklund reseñó también las cifras de producción de energía nucleoelectrica en el último año en los países cuya economía era de mercado libre. En 1955 la capacidad nucleoelectrica instalada en el mundo llegaba apenas a 5 MW, en 1967 ascendió a 10 000 MW y en 1978 era de 100 000 MW con otros 200 000 MW mas en plantas en construcción o en fase muy adelantada de planificación.

Este panorama sumamente positivo quedaba en parte contrarrestado por la estabilización de los pedidos de centrales nucleares en los dos últimos años, tendencia que se reflejaba también en la baja de los pedidos de centrales de tipo convencional y que era a consecuencia parcial de la recesión y de una tasa más baja en el aumento del consumo de energía debida a las medidas de conservación energética.

Esta tendencia reciente y el hecho de que la energía nuclear ya no parece resultar tan atractiva a algunos países, llevó a los dirigentes del mundo occidental a declarar en la reunión "cumbre" de Bonn el pasado mes de julio que:

"es indispensable seguir desarrollando la energía nucleoelectrica y hay que intensificar la ejecución de programas nucleoelectricos".

Al analizar cómo se llegó a semejante situación debía recordarse que al siglo que precedió a la Segunda Guerra Mundial se le llamó la edad de oro de la técnica y que el espíritu que prevalecía en aquel período quedó caracterizado por la expresión: "hagamos inmediatamente lo difícil, que lo imposible lleva un poco más de tiempo". En los veinticinco último años esta confianza se ha ido disipando y la fe en los beneficios del desarrollo técnico se ha convertido en algunas esferas en desconfianza y en una negación de la necesidad y de la utilidad de seguir encontrando nuevas aplicaciones a la ciencia y a la tecnología. En muchos círculos importantes se consideraba a la tecnología propiamente dicha como una fuerza

maligna. Había países en que los gobiernos, a pesar de haber sido elegidos democráticamente, se enfrentaban con grupos de presión que les impedían introducir cambios tecnológicos importantes en la sociedad.

Quizá conviniera indicar que este fenómeno era particularmente evidente en los países ricos y muy industrializados que tenían economías basadas en el consumo. Los países en desarrollo, que agrupaban más de los dos tercios de la población mundial, seguían preocupándose principalmente de la manera de obtener acceso a las tecnologías modernas en las mejores condiciones posibles y de la manera de utilizar la tecnología de forma que pudieran formentar su desarrollo y su autonomía económica. Los países que tenían economías de planificación central seguían también considerando a la ciencia y a la tecnología como fuerzas benignas. Quizá no estuviera de más recordar en este contexto lo que dijo Lenin acerca de la urgente necesidad de producir electricidad y de su importancia para el progreso de la sociedad.

Aunque todo el mundo deseaba beneficiarse de todas las facilidades que la energía eléctrica ponía a disposición de uno, había grupos que pretendían que no hacía falta seguir adelantando en esta esfera. Eran grupos que pensaban muy poco en la necesidad de seguir facilitando medios para poder mantener el nivel de vida en los países desarrollados, sin hablar de lo mucho que se necesitaba para aumentar el nivel de vida de los países en desarrollo; aún pensaban menos en la manera de asegurar alimentos y agua para una población que probablemente llegaría a los 6000 millones de habitantes al final de este siglo. Estos idealistas usaban términos como, por ejemplo, "tecnologías apropiadas", "tecnologías aceptables" o "tecnologías intermedias", detrás de los cuales se escondía el espectro de un mundo en el que los países en desarrollo tendrían que contentarse con molinos de viento mientras los países desarrollados tendrían que aceptar un nivel cero de crecimiento. No había que engañarse dijo: las fuentes de energía pequeñas de tipo no convencional podían ser la mejor solución para abastecer de energía a las pequeñas comunidades rurales, pero nunca podrían poner en marcha las turbinas de la industrialización de un país.

En este remolino de doctrinas confusas, la energía nucleoelectrica se había convertido en el portaestandarte de esa tecnología "sofisticada" que los contestatarios del desarrollo técnico criticaban ahora tan enérgicamente. Según el Dr. Eklund, había dos explicaciones para esta manera de obrar.

Una era que las consecuencias de una interrupción total o de una aminoración en el ritmo de construcción y planificación de centrales nucleares no se dejarían sentir inmediatamente; las dificultades empezarán a acusarse únicamente de seis a diez años más tarde en forma de escasez de energía eléctrica, de la cual se haría entonces responsables a las compañías de servicios públicos y a las juntas planificadoras de la electrificación. Parte de la dificultad estrababa en la diferencia del contexto cronológico en el cual científicos y técnicos por una parte, y políticos por otra, tenían que operar. Por ejemplo, era evidente que los que abogaban por una interrupción del uso de fertilizantes artificiales, que eran uno de los mayores agentes contaminantes de nuestro ambiente, no obtendrían nunca mucho apoyo porque las consecuencias se dejarían sentir dentro de un solo año y porque su responsabilidad por semejante decisión estaría aún reciente en el recuerdo de la opinión pública.

La otra razón de que la energía nucleoelectrica se hubiera convertido en la víctima propiciatoria estribaba en que muchas personas asociaban consciente o inconscientemente los usos pacíficos de la energía nucleoelectrica con las armas nucleares.

Hasta ahora no se había dado ningún caso de que un país hubiera fabricado explosivos nucleares gracias a la construcción de una central nuclear. En el período de diez años que iba de 1945 a 1954, tres países desarrollaron explosivos nucleares; otros dos países lo hicieron entre 1955 y 1964, y uno entre 1965 y 1974. En este período de tiempo, la

capacidad nuclear del mundo paso de 5 MW en 1955 a 54 000 MW en 1974 en 19 países. Estas cifras servían para probar de manera concluyente que no había relación alguna entre la expansión de la energía nucleoelectrónica y el desarrollo de explosivos nucleares.

Además, recordó el Dr. Eklund, 104 países habían ratificado ya el Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP) o habían accedido a él. Los Estados no poseedores de armas nucleares que eran Partes en el TNP habían prometido que no adquirirían ni desarrollarían armas nucleares y que aceptarían las salvaguardias del OIEA para comprobar que cumplían su compromiso.

El TNP representaba la base fundamental de todas las deliberaciones acerca del problema de la proliferación. Semejante compromiso solemne, junto con las disposiciones de salvaguardia, representaban la mejor garantía posible de que el desarrollo nuclear pacífico no conduciría a la proliferación de las armas nucleares.

Además de esto, algunos países, como los Estados Unidos, requerían que los países que recibían equipo o materiales nucleares de los Estados Unidos fueran Partes en el TNP o aceptaran salvaguardias plenas y completas. Si todos los Estados proveedores siguieran esta política, el régimen de no proliferación sería universal y muchos problemas quedarían eliminados.

El Director General se refirió a continuación a los resultados de la Evaluación internacional del ciclo del combustible nuclear (INFCE), que aportaría oportunamente mucha información para la segunda Conferencia de Examen del TNP en 1980. Aunque para la satisfactoria ejecución del TNP fuera capital que se alcanzara un consenso internacional sobre determinados aspectos de los artículos relativos a control, no había que perder de vista que, para la mayoría de los países que iban a asistir a dicha Conferencia, la ejecución del Artículo IV que trataba de la cooperación internacional y del Artículo VI que trataba del desarme representaban las cuestiones de mayor importancia.

Esta preocupación se había reflejado recientemente en el documento final del período extraordinario de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas dedicado al desarme, que se celebró en junio de este año.

Era muy de lamentar, dijo el Dr. Eklund, que todas estas medidas tomadas para controlar el ciclo de combustible con usos pacíficos tendieran a desviar la atención de la verdadera amenaza para la paz, que era el actual arsenal de armas nucleares que seguían creciendo continuamente.

La industria nucleoelectrónica necesitaba lo que tenía en los años 60: confianza en políticas oficiales claras y en el suministro de combustibles y de servicios por parte de otros países cuando fuera necesario, y confianza en que se encontrarían emplazamientos para las centrales nucleares sin complicaciones jurídicas onerosas o interminables.

Para acabar, el Dr. Eklund subrayó que el programa de asistencia técnica del Organismo constituía uno de los pilares de sus actividades e instó a los Estados Miembros a apoyar dicho programa, cuya cifra objetivo se había fijado en 8 500 000 dólares mientras que el costo medio de una central nuclear ascendía a 1000 millones de dólares.